

cumplir una misión profética e irrenunciable. Recoge Valeriano Labara, en uno de los dos estupendos prólogos que encabezan este libro –el otro es un análisis literario de Javier Barreiro–, la nota que Sampérez le pasó en 1932, es decir cuando apenas contaba veintidós años, a Alejandro Lerroux para que este lo recibiera con la idea de que tuvieran un «cambio de impresiones y a la vez hacerle obsequio del fruto de mi intelecto». Seguridad en sí mismo y en la indefectibilidad de sus ideales, como se ve, no era lo que le faltaba al joven e irreverente Sampérez, quien, acaso víctima de su férrea determinación, trasladó a sus novelas toda la metralla de su temperamento airado a cuenta de la descomposición moral de una época oscura y siniestra.

La pregunta que cabe hacerse es qué hubiera sido de este peculiar autor y de su incipiente trayectoria de haber ido a nacer en otra coyuntura, menos contaminada de turbulencias ideológicas, muchas de las cuales, por cierto, terminarían revelándose como inapelables catástrofes. Dado que esto último no es más que un juego de malabarismo especulativo, habrá que conformarse con el esbozo del talento en otro salvaje y rudo que concibió *Candasnos* a modo de vómito expiatorio y hoja de ruta para los que tenían la obligación de luchar por un mundo mejor. Son estos sin duda los temas centrales que vertebran la novela; por un lado, la necesidad de expresar firmeza de convicciones a partir

de lo autobiográfico, y, por otro, el compromiso cívico de actuar como agitador de conciencias adocenadas o esclavizadas. Con esos propósitos, Sampérez nos ofrece, como acertadamente sugiere Barreiro, «un mosaico de apocalipsis en una sociedad de muñecos arrebatados por fantasmas protagonistas de orgías de violencia, desgarró y ferocidad donde sólo tiene cabida el más descabaldo expresionismo». Un expresionismo, por lo demás, que, siguiendo la estela de la tradición anticlerical y del nihilismo nietzscheano, se ceba previsiblemente con todo lo concerniente a la religión católica y a sus representantes, en los que el narrador de esta historia, disonante y corrosivo, centra sus mayores críticas y anatemas.

Sobra aclarar que en este maniqué escenario de buenos y malos, no hay un resquicio a la neutralidad, ni se permiten concesiones a los grises que gobiernan los afanes de cualquier ser humano. Si el alcalde de Candasnos, Eduardo Trigo, se nos presenta como la encarnación de la bondad, la rectitud, la integridad, en resumen, «un joven inteligentísimo, de nobles y robustos ideales... un auténtico enamorado de todo lo que fuese justiciero y bello», su contrario y enemigo, el cura, Antonio Mesa y Espoz, simboliza la maldad en estado puro, un acólito superado del mismo Satanás, cuya «férrea beatería» y una patológica voluptuosidad onanista le mostró el camino hacia el frenesí del dominio absoluto sobre las vidas ajenas, contra las que se apresta a

ejercer su derecho demoníaco a manipular, intoxicar, pervertir, y hasta asesinar si así es su voluntad. El resultado es una obra sin matices psicológicos, exponente radical de un ideario utópico y voluntarista, en la que los personajes más que de carne y hueso parecen arquetipos de una realidad cosificada, modelos axiomáticos cuya función dentro de la novela es la de denunciar la existencia de un estado social, injusto, tortuoso y castrante, que reclama a gritos su aniquilación.

Inspirada como arma de combate moral y filosófico, *Candasnos*, sin embargo, no sobrepasaría su condición epigonal de novela de tesis, de una tesis además que en la fecha en que salió estaba ya un poco de paso, si no fuera porque la salvan la riqueza léxica y expresiva que aleatoriamente brilla en sus páginas y la peculiaridad de una voz narrativa cuya estridencia y exageraciones se compensa en

muchos pasajes con una emotividad descriptiva intensa, sugerente, digna de un prosista con voluntad de estilo, que quizá, una vez superado su juvenil griterío militante, nos hubiera deparado obras de un alcance y una belleza literaria estimables. De lo que pudo ser y no fue Sampérez ya no podemos esperar nada, en cambio, de la lectura de *Candasnos* uno puede tener la seguridad de que conocerá a un escritor dotado de una energía desbordante, al que, por muy discutibles que puedan resultar sus creencias y prejuicios, no se le pueden negar su instinto literario, no exento de originalidad, y un vehementemente compromiso con la justicia social y la libertad individual. –MIGUEL PARDEZA.

José Sampérez Janín, *Candasnos*, Huesca, Sariñena Editorial, 2021.

Los ojos egipcios de los árboles

POCO le habría costado a María José Beltrán (Xert, 1961) repetir la fórmula de su primer libro de relatos, *Lo llamaré frontera* (Relee, 2018), en el que mostró su brillantez, con un imaginario propio dominado por la exuberancia vegetal –plantas, flores, árboles–, capaz de llamar la atención de

lectores tan avezados como Jordi Doce, uno de los grandes autores en nuestro idioma, quien respaldó su propuesta con un prólogo exquisito.

En lugar de repetirse y atrincherarse en lo seguro, María José Beltrán ha optado –y esto es signo de valentía– por jugársela en su segun-